



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

ARDOR BÉLICO



Alarcón

¡Firmes!...

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Las alternativas, por Eduardo Hostillo.—Un pianista eminente, por Juan Pérez Zúñiga.—Figuras retóricas... y poéticas, por Eduardo de Palacio.—El regreso, por José Jackson Veyan.—R. I. P., por Simón Delgado.—Ciencia cómica, por J. Francisco Rodríguez.—Realidad, por Roberto del Palacio.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Andor bélico, por Mesochis.—Un tercero en discordia, por Cilla.



El «público de los estrenos» acudió el miércoles al Teatro de la Comedia, donde «tuvo lugar» la inauguración de la temporada.

Representóse *La escala de la vida*, comedia en tres actos y varios ripios que merecieron los plácemes de las de Vinagrete, las de Trabalcanto y otras familias sensibles y amantes de la verificación.

En la obra de referencia se trata de demostrar que la juventud es atolondrada y loca y que, para evitar disgustos, lo mejor es no tener familia.

Hay un hijo que es atroz, porque le pega al asistente y falta de palabra a sus superiores, y se mete a apagar incendios a riesgo de chamuscarse; pero este hijo llega con el tiempo a general; entonces va y se casa y tiene un hijo que resulta otro tunante como él.

¡Qué horrible castigo!

Por eso dice el general lo siguiente, en estos ó parecidos ripios:

«Yo a mi padre con exceso
le di disgustos prolijos.
Hasta que se tienen hijos
no se sabe lo que es eso.»

La obra es de las que llegan al corazón de toda madre de buenos sentimientos. A mi lado había una que no hacía más que suspirar y decir a su niña:

—¡Qué pensamientos tan hermosos! Lo que siento es que no esté aquí tu hermano, para que vea adónde pueden llegar las calaveradas de la juventud. Si oyera estos versos, no volvería de seguro a empeñar el reloj ni a estropear un sombrero hongo todos los años.

La sala ofrecía un aspecto encantador, como han hecho constar los revisteros en los papeles públicos. Allí estaba lo más escogido de la sociedad madrileña. La ilustre dama, el escritor correcto, la elegante joven, el acreditado senador vitalicio y otros. Quién más, quién menos, todos admiraban la «naturalidad» de Mario, la belleza de Julia Martínez y la «inspiración» de Vico.

—Desengáñese usted, éste es el único teatro adónde se puede venir—decía una señora.—Aquí no hay nada *corográfico*.

—¡Qué detalles!—exclamaba un caballero.—¿Ha visto usted la tabaquera que saca Mario?

—Note usted—añadía otro—lo bien puesta que está la escena. Mire usted qué cortinas tan elegantes.

—En ningún teatro verá usted el esmero que hay en éste. Las cornucopias del primer acto son auténticas.

—Sí; he oído decir que han pertenecido a una tía de Daoiz y Velarde.

Al Teatro de la Comedia acuden las señoras con el doble propósito de admirar a los actores y poder decir al propio tiempo:

—Es el teatro más distinguido de Madrid. Allí todos nos cono-

ceamos. En el palco de la izquierda están las de Casa-Pendón, en el de la derecha las de Gelmírez, y encima tengo al conde del Sebavirgen.

La temporada promete ser brillante, a juzgar por los actores que forman la compañía y las obras que han de ponerse en escena.

En cuanto al público, ya hemos convenido todos en que es distinguidísimo.

Aún no se ha borrado la penosa impresión que produjo en los ánimos el choque de Burgos.

La prensa sigue publicando detalles que se relacionan con el triste suceso, y hay el propósito de combatir a las compañías ferroviarias a fuego y sangre.

Todo el que sabe algo perjudicial a las compañías se dirige a los periódicos para hacer pública la queja, y a lo mejor leemos relaciones del tenor siguiente:

«Hay que exigir a las compañías estrecha responsabilidad por su falta de atención para con los viajeros.

Mi señora y yo llegamos el otro día, procedentes de Ávila, donde tenemos un tío, y nos quisimos detener en Torrelodones unos cuantos minutos, para saludar a un amigo de la infancia, pero no nos lo permitió el jefe de la estación. Entonces yo, con muy buenos modos, le dije que mi señora se hallaba en estado interesante y tenía el antojo de detenerse allí breves momentos; pero él insistió en que nos subiéramos al coche, y sin más razonamientos dió la orden de salida.

Yo me dirijo a ese periódico para hacer público este abuso inculcable y pedir a la compañía que obligue a sus empleados a guardar consideraciones a las señoras que están fuera de cuenta, como le sucede a la mía.»

Otros escriben artículos dictando reglas para el mejor servicio de los ferrocarriles:

«¿Llevaba freno de aire comprimido el tren que chocó en Burgos? No: estamos autorizados para decirlo, pese a quien pese. ¿Había dormido el telegrafista meritorio las horas necesarias? De ninguna manera.

Para evitar nuevos choques, para que quede garantida la existencia de los viajeros, es necesario adoptar una serie de reformas, entre las cuales citaremos: el timbre de alarma, que puede llevar cada viajero en el bolsillo del pantalón y cada viajera en el corsé, a fin de ponerse en comunicación con el maquinista por medio de un hilo directo.

La colchoneta portátil, que sirve para que el viajero se la arroje a la cintura, a guisa de faja, con lo cual se evita la contusión de los riñones en caso de descarrilamiento ó choque.

El depósito de galletas inglesas para que sirvan de alimentación al viajero cuando ocurra algún accidente y tenga éste que apearse en el camino, etc., etc.»

En fin, antes de ocurrir los accidentes, que todos lamentamos, nadie fijaba la atención en el mal servicio de los ferrocarriles. Ahora todos queremos escribir reglamentos especiales, para reformar el sistema de locomoción y el carácter de los empleados de ferrocarril.

Hasta ahora teníamos que leer lo de Consuegra necesariamente. Ahora estamos condenados a choque perpetuo.

¡Dios tenga piedad de nosotros!

LUIS TABOADA.

LAS ALTERNATIVAS

Tienes razón, aunque inútil,
cuando indignado criticas
que hoy se dé tan fácilmente
a un chico la *alternativa*.

Con dos recortes a un cholo,
y un par sugando en la tripa,
y un *volapié* temerario
con rictos de *aleguilla*,

cualesquiera que se va al cuerno
como a casa de su tía,
se halla refrendado el título
de *madador*... ó *suicida*.

Mas ¡por qué apararse tanto!
¿Será posible que taljas
que en esta tierra se acabe
de reses bravas la lidia
y no quemas el pelo nuevo
dónde el viejo se trasquila,

hoy que las glorias de antaño
mueren en Villamantilla?

¡Alternar! No te das cuenta,
en tu indignación taurina,
de que eso es ya *fin* ó rabo
de *siesta*, ó como se diga.

Hoy todo el mundo, en su esfera,
a *alternar* se precipita,
y salen diestros echando
al aire la monterilla;

y en siendo un chico atrevido,
con influjo en la familia,
se hace senador del reino
ó arzobispo de Sevilla.

Salen, por *ocasionalidad*,
diputaditos en fila,
que con Castelar alternan
en cualquier orden del día;

y van á subsecretarios
hasta por su cara linda,
y ellos sufren *revoluciones*,
pero cobran fama y *guilt*.
Con nobles damas *alternan*
muchas mujeres *p-rdidas*,
y con caballeros nobles
algún *ladón* de levita.
Cualquier *coplerillo* huero
de *esplendor* y *simpia* y *fijs*
y *alternan* hasta con los manes
de las glorias de Castilla.

De primer actor los trastos
boma tal cual *racionalité*,
y de autor los que *los toman*,
es decir, los que *no tienen*.
Y de *prima donna alternan*
la que al empresario *empresina*;
el ladrón de comerciante,
de industrial el petardista.
Y, en fin, taurófilo amigo
que mirado en la plaza grita,
vé que el mundo es todo plaza
en eso de *alternativas*.

EDUARDO BUSTILLO.

UN PIANISTA EMINENTE

Al banquero don Rafo Pantillo
gustábale mucho
dar conciertos de noche en su casa,
Pez, ocho, segundo.
Nunca allí de sus deudos y amigos
faltaba ninguno,
más por causa del té y de las pastas
que del contrapunto,
y aquel templo casero del arte
pisaron algunos
de los más afamados artistas
que cruzan el mundo,
concertistas de cuerda y de viento,
franceses y rusos,
italianos, polacos, ingleses,
manchegos y etruscos,
que costaron, por cierto, muy caro
al pobre don Rafo,
pues gastóse en regalos bastantes
puñados de duros.

Cierta día el banquero una buena
velada dispuso,
y á pesar de buscar quien tocara,
no dió con ninguno;
mas al hombre, Ramón, su lacayo,
sacó del apuro.

—Yo conozco (le dijo) á un pianista
llamado Canuto.
—¿Y es notable?

—De sobra.

—¿Su casa?

—Candil, veintiano.
—¿Tú respondes de que ha de gustarme?
—Su estilo es muy puro,
y ha tocado en París, en Tembleque
y en San Petersburgo.
—Pues avisa esta noche á ese genio
(le dijo don Rafo)
y una grata sorpresa les damos
á nuestros tertulios.
¿Cuánto va á disfrutar el artista
cuando haga preludios
en las teclas del rico piano
que traje de Hamburgo,
y que en cien ocasiones distintas
tocaron á gusto
Rabinstein, Planté, Albéniz, Guelbenzu,
Tragó y otros muchos!

Fué el artista en cuestión tan amable
que á nada se opuso,
y el banquero invitó aquella noche
á todo el que pudo.
En la sala, señoras, gomosos
y viejos caducos
el valor del artista comentan
con suaves mormullos,
y á las diez, en la estancia brillante
penetra Canuto.
Se dirige al piano en seguida
con paso inseguro;
le examina por fuera y por dentro,
cortado y convulso,
y por fin, cuando están los oyentes
absortos y mudos,
en lugar de empezar, les obsequia
con este discurso:
—Yo, señores, por más que lo siento,
desde ahora renuncio
á tocar.

—¿Y por qué, señor mío?
(le dice don Rafo).

—Porque no está completo el piano,
y así no le pulso,

—¿Qué le falta?

—¿Lo más importante!

¿Le falta el manubrio!

JUAN PÉREZ ZÓÑIGA.

FIGURAS... RETÓRICAS Y POÉTICAS

Particularmente en temporada de verano es cuando se desatan los oficiales de literato, corresponsales políticos, iliterarios y viajeros ilustrados y descubridores de provincias, reinos, repúblicas, islas y continentes.

¿Qué cartas tan pintorescas da á luz la prensa en los meses de verano!

En éstos la política es de playa.

La literatura, termal.

El arte, con duchas.

El individuo que por primera vez se ve en el agua, siquiera sea en el mar de Ontigola, se desconoce y se siente embriagado, y se cree otro.

—¡Bañarme yo! ¡Yo, que he sido refractario á estas porquerías desde los primeros días de mi infancia! ¡Encontrarme aquí, con tantas personas principales, unas de suyo y otras de prestado, unas acostumbradas y otras neófitas como yo!

Encarga al dueño del establecimiento ó de la casa de pupilos ó del hotel donde vive y á los criados y á todos cuantos dirige la palabra:

—Si pregunta alguien por Filiberto Molinillo, literato, soy yo.

—Si traen alguna carta ó telegrama, ó lo que sea, para Filiberto Molinillo, recójala que es para mí; ese Molinillo soy yo.

—No te olvides de mi nombre, ¿eh? Don Filiberto...

—Está bien, señorito—le contesta algún criado;—en cuanto venga alguna carta para *Fray Liberto*, se la guardaré á usted.

En seguida empiezan las cartas con los descubrimientos del país.

Y aquello de:

«Tirteafuera es un pueblo que está situado á la mano derecha, como vamos, entre Almodóvar del Campo y Caracnel...»

«A la izquierda el terreno «trepa hasta la cima de la montaña; al frente una garganta da paso á la locomotora; pero una garganta tan estrecha, que apenas puede resbalar el tren, y erizada de picos, á manera de dientes gigantescos, así como los correspondientes á la cabeza de un enorme fenómeno marisco.»

«Al salir de aquella garganta infernal, la vista se desparrama por un valle *sin fin*, pero que termina en las ondas del Cantábrico sonoro.»

«El murmullo de las ondas y los peces, esa conversación interminable que sostienen unas y otros, llega á nuestros oídos como la palabra del dios de los mares, bronca é imperativa.»

«A la derecha y en el vértice de una estribación de la sierra, la casa donde nació *Guillermo Tell*, el de la sinfonía magistral.»

«En segundo término una alameda que desemboca ó desembucha (del francés *desebouche*).»

«Allá, á lo lejos, se ve el cabo de Gatas y otro segundo cabo, que abarcan como dos pares de alicates, al poco más ó menos, aquella inmensidad de mar, que recuerda el drama de D. José *sin orillas*.»

«Continuando siempre el camino de Cuevas Bajas, se ve sorprendido el viajero por Valdetontos, preciosísima aldea tendida en la verde ladera como una sultana en el catre virginal.»

«Al volver la sierra se encuentra un valle «insustituible,» el valle de Majagranzas.»

«¿Qué vegetación! ¿qué armonía!

«Niños y mujeres que parecen irlandeses.»

«Rubios y colorados como pimientos *morrones*.»

«De repente «la vía sube hasta la cima de una montaña,» en cuyo punto se ofrece al observador un panorama natural «inamovible.»»

«El mar borda y festonea y hace *crochet* al pie de la falda de la montaña.»

«Como á mitad del camino, el caserío de Vilpelone rodeado de castaños, sauces, colibríes y silicatos.»

«Y la noria y el riachuelo donde bullen y saltan las anguillas y las truchas vírgenes.»

«Al foro otra vez la playa.»

«¿Pero qué playa!

«La «más en contacto» que hay con el mar.»

«Aquí se dan el limonero y el naranjo, el castaño y la abutarda, el olmo, el nogal, el fresal, el cérdio, el carnero, y desde que yo estoy aquí, según me han asegurado los naturales, el tábano y el alcornoque.»

«La estancia en estos pueblos es muy económica.»

«Yo no he pagado aún ni una peseta siquiera, «en buen hora lo diga.»»

Cada carta de éstas es un monumento literario.

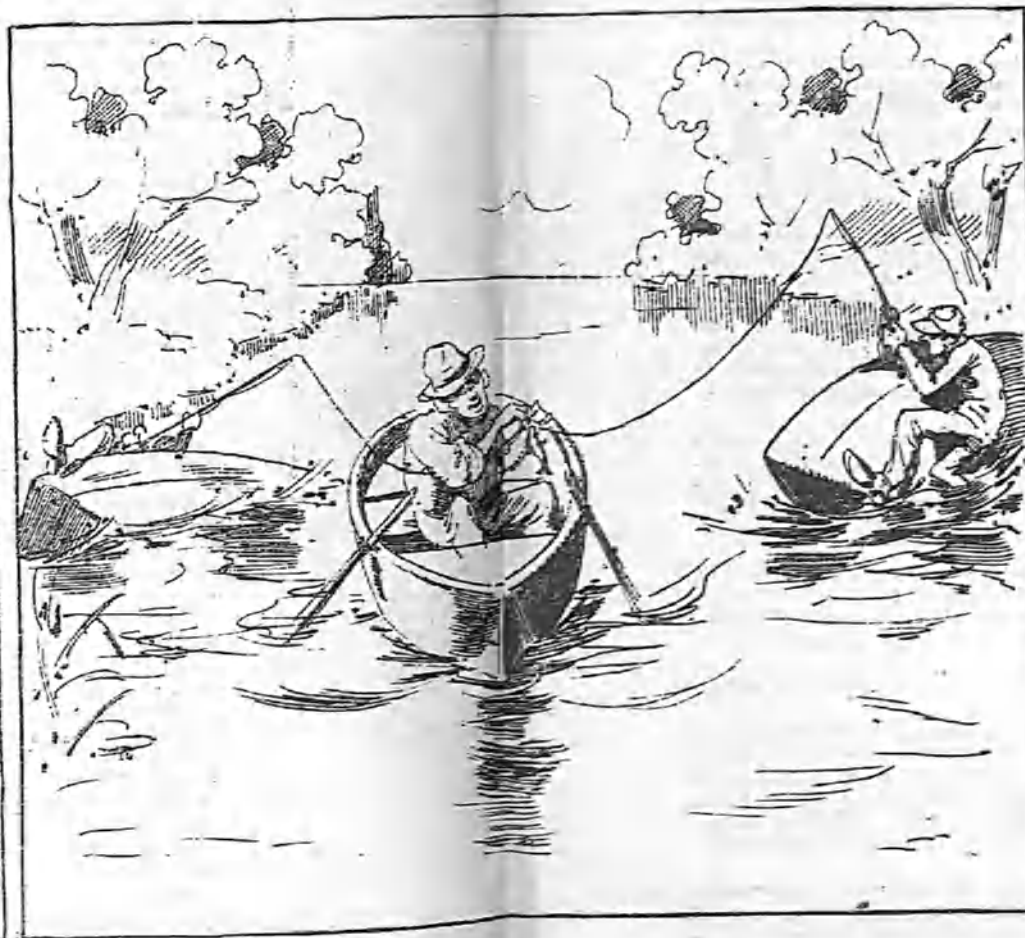
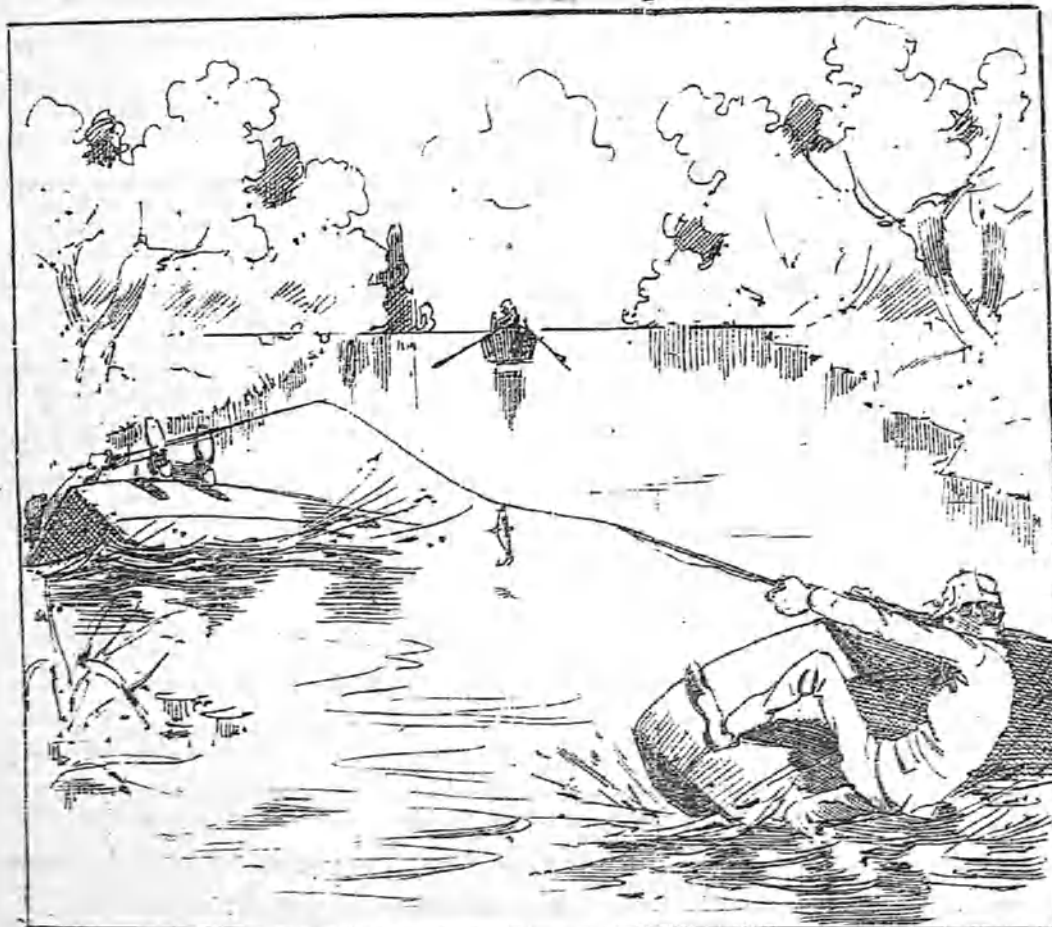
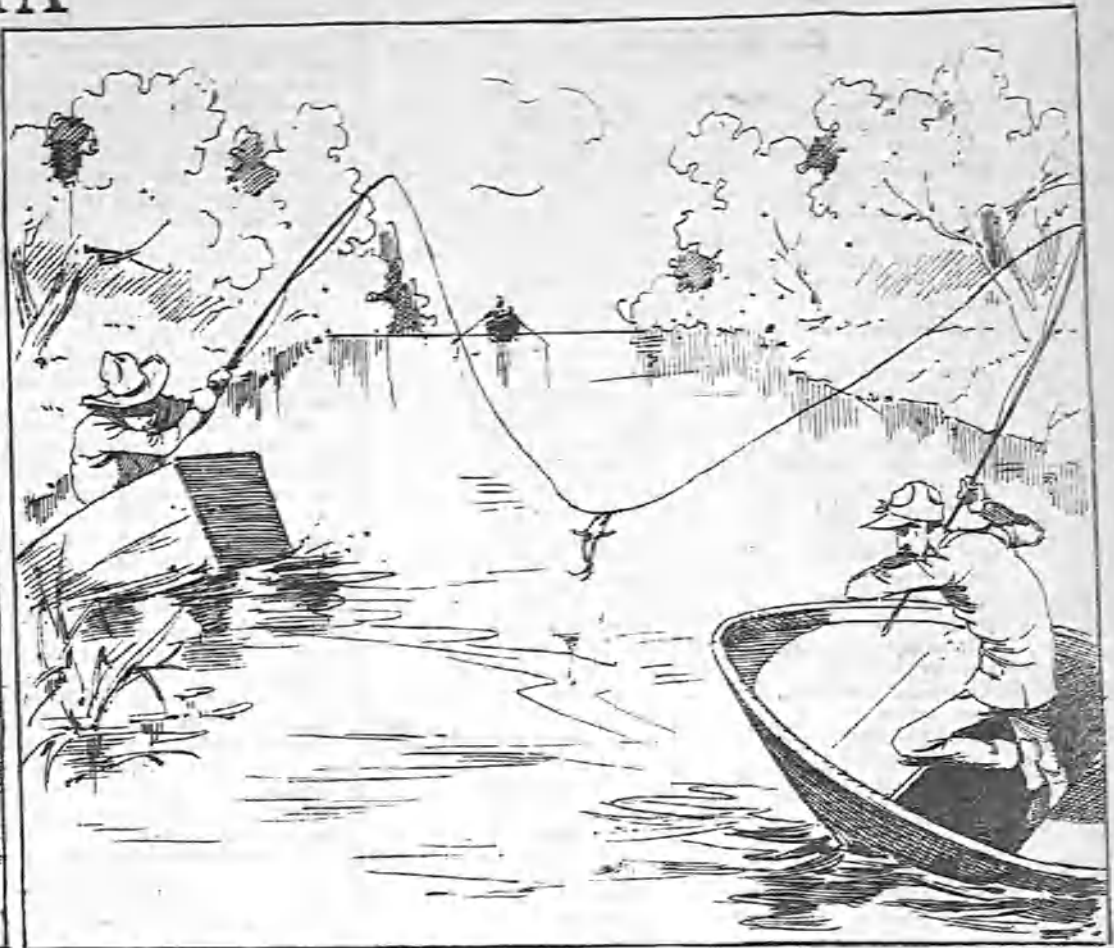
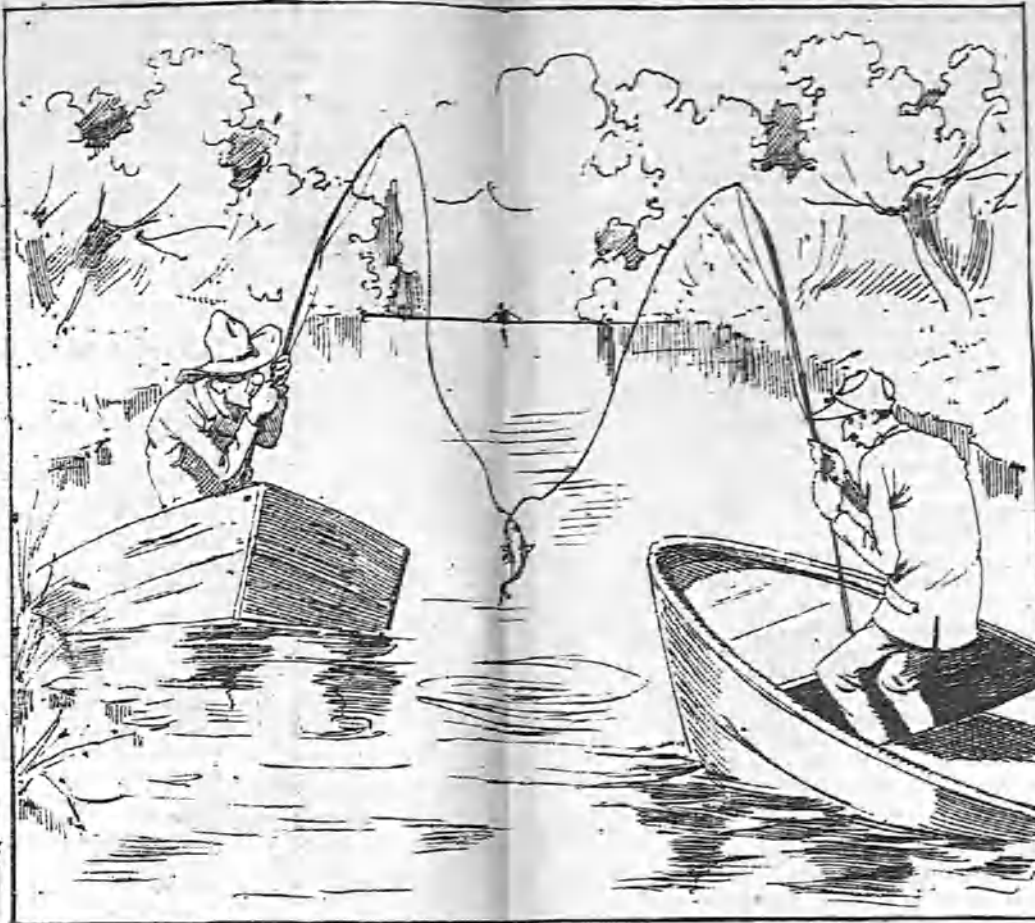
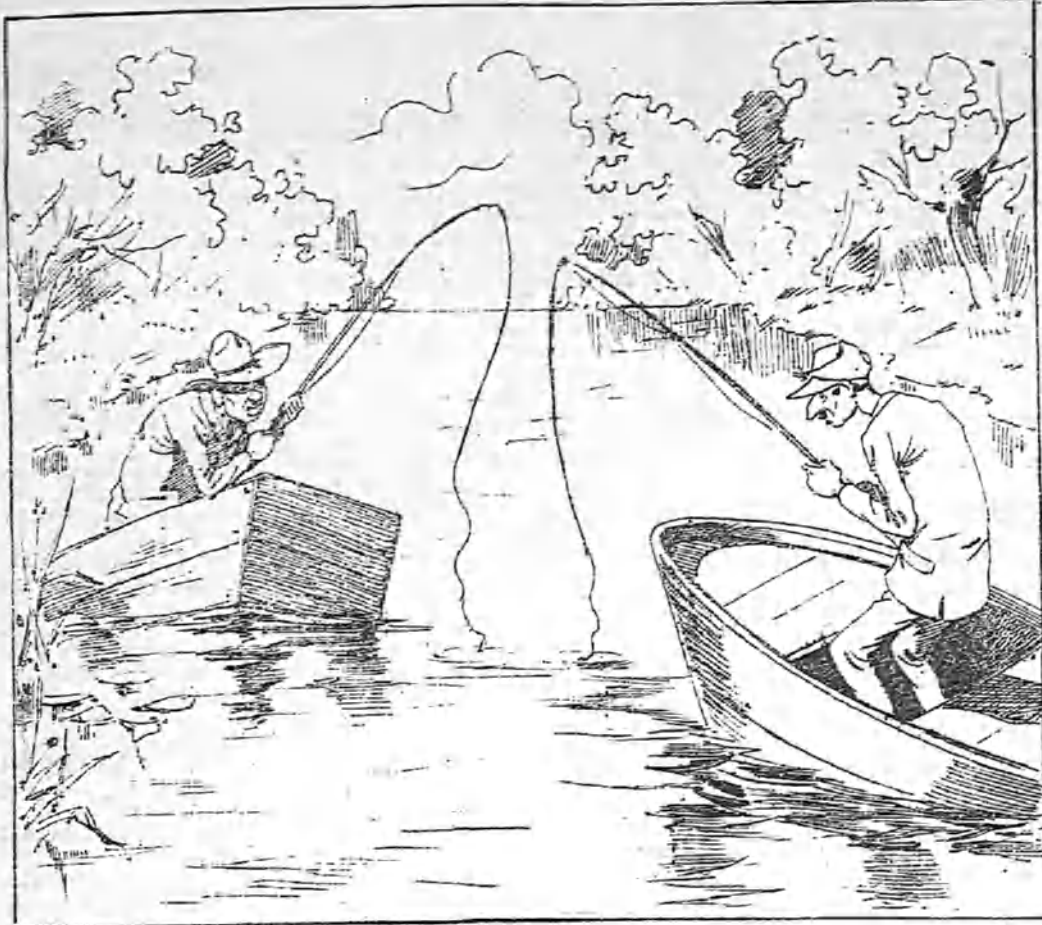
Pero pertenecen al género «recomendable» y docente ó docente.

Instruyen y deleitan á la par, y fijan y dan esplendor al que las escribe.

Y aun limpian, si es necesario.

EDUARDO DE PALACIO.

UN TERCERO EN DISCORDIA



EL REGRESO

Querido Sinesio:
Amigo Delgado,
quien cantó al marcharse
regresa cantando,
y en idas y en vueltas
te cuento mis pasos.
¡Qué fresca las verdes
costas del Cantábrico!...
¡Qué agua tan dulce
la del mar salado!
¡según me asegurán
los que la probaron,
porque hay tiertas cosas
que yo no me trago).
La impresión del frío
al salir mojado,
cómo aviva el hambre!
Y los latigazos
que pegan las holas
en sus giros rápidos,
¡qué calor difunden
por el espinazo!
(según me dijeron,
porque yo me escamo,
y hasta el mar me acetó
pero no me baño).
¡Cuántos, en los trenes,
touristas llegaron,
lentos de maletas,
de cajas y fardos,
chicas leonesas,
chicos marzagos
y de tierra adentro
muchos provincianos!
De la villa y corte
tampoco faltaron
la rica prenda
de los barrios bajos,
con treinta sortijas
entre las dos manos;
el de comestibles
tendero ilustrado,
con cadena gorda
en chaleco blanco;
horteras de precio
y sportmans baratos
con chaquetas negras
y calzones claros.
¡Cuánto fin de siècle
vino este verano!
Y después de todo,
no resultó caro

venirse á la costa:
subí mi gasto
á seis mil pesetas
en dos meses largos.
¡Qué alegre venía!...
¡Qué triste me marchó!
Los bañitos, los mismos:
un mundo mellano
y cuatro bañes,
ni estrechos ni anchos;
un par de maletas,
tres sacos de mano
y las correllas
con lo necesario.
Por si los chiquillos
heben agua á pasto,
llevaré un botijo,
y á más un cacharro
que les sirva para
todo lo contrario.
Viajando en familia,
como ahora viajo,
da gusto, Sinesio;
encantan, Delgado,
esas deliciosas
horas veinticuatro.
Mi próxima vuelta
pregona en mis barrios
pero que no pongan
banderas ni arcos,
que no haya cohetes,
ni vivas pagados.
Si te lo preguntan,
dí á los empresarios
que no llevo nada,
ni bueno ni malo;
que yo con mis rentas
muy bien me lo paso,
y que estrenen otros
más necesitados.
(Esta ya comprendes
que es falso, y muy falso,
pero el darse tono
viste en estos casos.)
Llegó el trance horrible:
mañana me parto,
igero el bolsillo
de duros y blandos.
Conque ya lo sabes
que mañana salgo.
¡Hasta ahora, Sinesio!
¡Hasta ahora, Delgado!

JOSÉ JACKSON VEYAN.

R. I. P.

Es la noche sombría, en que da espanto
la triste soledad del camposanto.
Sólo turba la calma silenciosa
el viento helado que en los sauces zumba.
Se levanta la losa de una tumba
empujada por fuerza misteriosa,
y asoma una cabeza descarnada
que esparce por las bóvedas sombrías
la profunda mirada
de sus enormes órbitas vacías.
Ve después en la losa
está breve inscripción casi borrada:
«A Felano de Tal, su amante esposa,
sin limparas, sin flores y sin nada.
Crujen los blancos huesos de amargura,
y... se vuelve á ocultar como un salido,
inmurmurando al hundirse en la negrura:
—¡Ya me lo figuraba! ¡No ha venido!

SINESIO DELGADO.

CIENCIA CÓMICO-LÍRICA

Los que por ahí aseguran que los españoles somos gentes atra-
sadas, nos tratan con evidente injusticia. ¡Atrasados nosotros, á
quienes podría calificar de personas fin de siècle cualquiera de los
que se encuentran al tanto de las frases de moda recién salidas
de los más acreditados talleres del extranjero!
Y por si alguien lo dudara, lea este relato de hechos que yo
he contemplado con asombro y con orgullo. Orgullo, sí, señores,

un grandísimo orgullo. ¿Quién no se pavonea satisfecho al ver
que su patria recibe los cuatro vientos de la civilización, según
dicen los que hablan del progreso como podrían hacerlo de la
orientación de un edificio aislado?

Es el caso que hasta ahora los médicos asistían á los enfer-
mos en las alcobas de los propios pacientes, ó en los propios
gabinetes de consulta de los doctores. Pero eso era antes; ahora
los modernos empezamos á despreciar los procedimientos van-
cidos. Y no me dejarán mentir seguramente unos cuantos licen-
ciados en medicina y cirugía que andan por esos pueblos de fe-
ria en feria, llevando la salud como podrían llevar sedas y ma-
dapolanes.

Á lo mejor aparece en cualquier punto, cabeza de partido ó
villa modesta, una compañía científica formada por un acredi-
tado personal, dispuesto á dar gusto á los enfermos. Los médi-
cos, pero médicos auténticos, con su título y todo, salen á la
calle en un coche monumental y acompañados por brillante
banda de música. Llega el cortejo á la plaza pública, y el doctor
espeta un discurso al auditorio, que palmotea al final. En segui-
da los músicos entonan ó desentonan un paso doble, y concluf-
da la faena artística, empieza la científica. Al pescante del coche
van subiendo los pacientes, y allí, coram populo, son registrados.
¿Es caso de operar? Manos á la obra. En un dos por tres el pa-
ciente sufre tajos y mandobles. La multitud sigue absorta. ¡Que-
lle sí que es jugar limpio! Allí no hay trampa de ningún gène-
ro. La sangre es sangre auténtica, y los bisturis, bisturis de ver-
dad. El espectáculo no puede ser más edificante. Se extirpan lo-
banillos al compás del Caballero de Gracia y desaparecen los tu-
mores mientras la música toca aquello de *Al salir el sol*...

¡Cuando yo decía que es mucho progreso este nuestro! Váyan-
se al diablo esos meticulosos y venga de ahí medicina callejera.
Ahora se va sintiendo una nueva necesidad. Es preciso que se
escriban apóstitos para representarse en los intermedios; en-
tre una amputación y una sangría, por ejemplo, se puede ejecu-
tar cualquier pasillo cómico titulado *Hipócrates de verano*, ó una
loa que lleve por rótulo, rotulada, vamos al decir, *Galeno en pa-
ños menores*.

Si guiando este camino, se puede componer música *ad hoc*. El
estetoscopio, tanda de valse. *La cándida*, polka. *El cáncr*, gran ga-
lop. Y hasta se puede agregar al espectáculo, para que el con-
junto sea perfecto, cuerpo de coros; ¡qué hermosura! En tanto
que los ojos se recrean contemplando la extirpación de un quist-
te, oír que los coristas cantan con música pícarasca:

*El bisturi,
rís, rís,
sin vacilar,
ras, ras,
corta la piel,
¡qué atrocidad!*

No hay que pararse en pelillos, y los médicos que andan
pregonando su fama, subidos en los pescantes de los coches, ha-
ciendo en los mismos pescantes operaciones y ofreciendo desde
su altura tarros de pomadas virtuosas, pueden, si quieren, lan-
zarse á cantar ó tocar á los concurrentes cualquier cosilla, ade-
más de las cosas que toquen ejerciendo su sagrado ministerio.

Y será de ver cómo, antes de abrir un abacso el doctor, diri-
giéndose al público, con voz agradable y segura, afilando la
herramienta, canta el estribillo

*Esperaisus un poquito,
porque tengo que templar.*

Yo sé que algunos se indignan viendo á los doctores hacer
cosas como las que cuento. Pues no hay motivo para la indigna-
ción. La toga, dirán algunos, se desacredita. Eso es verdad;
para las togas no es muy bueno eso de andar de la ceca á la
meca brillando entre los curiosos de las plazuelas. Algo de esto
dije yo. No precisamente respecto de las togas, que bien se es-
tán en casa, pues para los menesteres de la medicina maldita la
falta que hacen, sino respecto de la seriedad con que deben ejer-
cerse las profesiones.

Pero me aseguraron que es muy moderno lo de ir curando
reumatismos al compás de una orquesta y lo de explicar pato-
logía al pueblo desde lo alto de un birlocho. Y como yo no me
aventuro á oponerme á la corriente, acepto los hechos consuma-
dos, como dicen los políticos cuando les conviene pasar por alto
cualquier gatuperio.

Apliquemos el nuevo procedimiento; generalícese lo que por
muchos pueblos de España se ve. Que se abra de una vez y
para siempre la era de la ciencia cómico-lírica y vayan desapare-
ciendo lenta, pero continuamente, los viejos procedimientos,
serios como un colchón.

Ya me figuro leer en los periódicos sueltos redactados del si-
guiente ó parecido modo:

«El Dr. Camelo ha llegado á Villatorca, donde se propone
dar varias representaciones cómico-lírico-quirúrgicas. Viene de
Villacoles, donde ha gustado mucho. El último día estrenó unos
couplets que fueron repetidos y amputó un dedo. La amputación
no pudo repetirse, porque el enfermo tuvo la avilantez de ne-
garse á ello. Hay casos terribles. El Dr. Camelo fué muy aplau-
dido y recibió muchos regalos.»

«En la plaza de toros de Alzapillili ha celebrado una consul-
ta extraordinaria el conocido maestro en cirugía Caldereta, (a)
Cloróformo. Al primer enfermo, después de una lucida faena, le
despachó con un soberbio pinchazo dejando el trócar en lo alto.

Al cuarto le despenó con cuatro lancetazos superiores. Palmas, música y la oreja de Jorge. (Jorge era uno de los pacientes.)

La ciencia cómica-lírica se impone de un modo absoluto, y cayeron para siempre los reclamos de cuarta plana ante estas fiamantes manifestaciones de los físicos callejeros. Y ahora que niegan el progreso esos enemigos eternos de los eternos adelantados de la humanidad.

Lo malo es que las curas á la vista del público, sin trampas ni cartones, como las cajas de cerillas, suelen producir resultados poco satisfactorios á los espectadores. Uno de éstos presenciaba el otro día, todo conmovido, una operación quirúrgica practicada al son de un *pout-pouri*. De pronto el curioso, echándose mano á los bolsillos del chaleco, lanzó un grito agudo, penetrante, como si hubiera sentido un cauterio aplicado á sus narres. El infeliz espectador explicó el motivo de sus lastimeros ayes.

«Le habían extirpado el reloj sin su permiso!»

J. FRANCOS RODRIGUEZ.

REALIDAD

¿Qué buscan, pastores,
tus mágicos dedos
alzando atrevidos
el blanco cendal?
¿Quizá son conjuros?
¿Quizá son remedos
de danza campestre
cercana quizás?
Zagala del valle,
deidad primorosa
que á Tirsis recuerda
la mente febril,
escucha, doncella,
la cántiga ansiosa
del pobre poeta
que muere por tí:
cual baja al collado
gentil cabritilla,
la mies de esmeralda
deseando pacer,
del fresco arroyuelo
yo busco en la orilla
cristal que refresque
mi ardor y mi sed;
mas veo, zagala,

que el búcaro encierra
colmando sus bordes
preciado licor...
—¡Es igual!
—Delicia
que brota en la sierra,
y arpegio celeste
tu tímida voz.
¿Serás de Bethsaida,
de Arcadia ó de Grecia?
—Pues soy de Betanzos.
—¡Gallega! ¡ay de mí!
¡Adiós... poe-sía!
—¡Me llama Endalecia,
soy buena nodriza
y estuve en Madriz...
—¿Y qué es lo que buscan
tus dedos ahora
alzando atrevidos...
—¿El qué?

—El delantal.
—¡Pabríño! Buscaba
la pulga traidora
que no me ha deixado
ni un ratu parar.

ROBERTO DE PALACIO.



Resumen de la temporada de verano:

Desde Junio á Octubre de 1891 se han estrenado las siguientes obras dramáticas en los teatros de Madrid:

	En un acto.	En dos.	Actos.	Fracaso.	Total.
Alhambra.....	5	0	3	2	5
Apolo.....	2	1	3	0	3
Felipe.....	4	0	2	2	4
Tivoli.....	12	0	6	0	12
Recoletos.....	13	0	9	4	13
	36	1	23	14	37

De estas 37 obras, 34 son zarzuelas y las restantes comedias, de los autores siguientes:

Escritores: Sres. Gil, Contreras, López Marín, Val, Alcaraz, Navarro Gonzalvo, Granés, Bergos, Perrín, Palacios, Adán Berned, Yrizaroz, Segovia, Criado, Cocat, Liberal, Jiménez, Rojas, Lobo Regidor, Navarro (C.), Cuartero, García Valero, Sánchez Pastor, Sánchez Seña, Delgado, Chaves, Villegas, Arniches, Labra, Larra, Guillón, Sales, Ibarrola, Casanova, Cuevas, Boquerini y Liern.

Músicos: Sres. Marqués, Valverde (hijo), Viana, Mateos, Arnedo, Reig, Jiménez, Nieto, Rabio, Catalá, Brull, Rodríguez, Estellés, San José, Taboada, Torregrosa, Caballero, Gisbert, Mangiagalli, Gassola y Juarraz.

Total: Treinta y siete autores dramáticos y veintidós maestros compositores.

¡Que no hay faltas en tu honor
ni quien tu buen nombre tache,
cuando en tu nombre, Leonor,
se honra, pero sin hacer!
¿Quieres aún falta mayor?

El demonio es don Antonio,
según su esposa Vicenta,
y dicen que este demonio
es el que menos la tienta.

GONZALO CANTÓ.

Pues señor, el día que no hay un choque de trenes, es porque se está preparando.

Yo creo que es para poner en un apuro ó varios apuros á los señores periodistas.

Que ya han agotado á estas horas todos los párrafos de la indignación cursi y todas las imprécaciones violentas.

No sé si tendré razón,
pero yo creo que el baile,
ó es una gran tontería,
ó es un pecado muy grande.

ALBERTO DE QJEDA.

Se ha suicidado Boulanger.
Y pregunta un periódico:

«¿Se irán con él los sueños de revancha que alimentan los pechos franceses hace veinte años?»

No sé, pero vea usted en lo que se parecen los sueños de revancha á los niños pequeños.

En que se alimentan en los pechos precisamente.

Cuando quieras oírte
llamar buen mozo,
pasa por la que llaman
calle del Pozo.

Libros:

Estimada, ó un drama entre salvajes, novela de D. Juan León Mera, C. de la Real Academia Española. Se ha publicado la segunda edición de esta interesante obra, que ha obtenido del público grande y merecida aceptación. Precio: 4 pesetas.

Charito, juguete cómico-lírico en un acto y en verso, original de los Sres. Navarro Gonzalvo y López Marín, música del maestro Valverde (hijo), estrenado con gran aplauso en el Teatro del Tivoli.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Pepito K. ra K.—«Estando yo en Villaseca
y yendo con mi mujer
se acercó á mí una mujer
muy pobre y muy harapienta.»

Lo cual quiere ser una redondilla. Lo mismo podía ser un obispo.

Un quidam.—¡Caramba! Calle de la Justa, puerta de Pornos, doctor Castelo... ¿Qué endemoniada musa le ha inspirado á usted esos cantares?

Lucifer.—Sí, habrá usted visto alguna cosa parecida; pero una golondrina no hace verano. Las tres son vulgaridades espantosas.

Rufianchar.—Mire usted, los acrósticos están mandados retirar, porque con esos juegos de ingenio es imposible producir nada que tenga sustancia. Todo resulta forzado y llevado del diantre.

P. Pino.—De cosa nueva
no tienen nada
ni los cantares
ni la guaracha.

Sr. D. J. L.—May por lo mediano. No se puede decir
«un pedazo papel emborrionado»
porque falta el *de*. Y si pone usted el *de*, sobra una sílaba.

El moro.—Mal andas de consonantes, ¡oh siervo de Mahoma! porque *calma* y *dama* son de los que no pasa el Korán en ningún capítulo.

Sr. D. P. M.—Valencia.—¡No! ¡por Dios! nada de cantar en un soneto las desgracias de Consuegra. No son para cantadas.

Rufianchar.—Si estarán imitados de Ferrán, pero con poca suerte.

Charli-parli.—La composición es atrevida por demás, por la manera de estar desarrollada sobre todo. No le aconsejo á usted que lleve eso al teatro. De las quisicosas se aprovecha una.

Uno que pide otro favor.—Pues ¡qué demonio! echémoslo á barato, si real una con otra. Y tan así resulta caro, ¿verdad?

Sr. D. P. S.—San Felis de Guixols.—No siguió publicándose aquello. Salieron dos entregas nada más, según mis noticias.

Sr. D. J. G. B.—Está muy descuidada la forma. Para nuestra basta el botón siguiente:

«que de tan vieja parecía un emplasto,
el cual es un endecasílabo... que tiene doce sílabas.»

K. rra K.—Habrá usted oído cantar muchísimas coplas á los ciegos, ¿verdad? ¡Pues todas eran mejores que esas!

Rapardo.—¡Ay! son medianísimas, palabra de honor. Dedíquese usted á sus estudios exclusivamente y acabe usted pronto la carrera.

Don Chinarro.—No, señor. Que no son publicables quiero decir. Aquí, al menos.

ANUNCIOS



—Qué dentadura, Torcuata!
—¿Le gusta, señor alférez?
Pues me ha salido barata
en casa de TIRSO PEREZ.
Mayor, 73.



Ya se aproxima el invierno,
¿Quién pudiera
comprar en seguida un terno
de PESQUERA!
Magdalena, 20.



—¿Me conoces?
—Sí, debes ser un ángel.
—Te equivocas; soy una bote-
lla de cognac fino de Moguer.
—Bueno; viene a ser lo mismo.
J. M. Plaza.—Carretas, 8.



—Qué mala boda hace Elena!
—Figúrate, camará!
No compra el equipo en la
Exposición de Viena!
Mayor, 12.



—Hé aquí lo que yo hago
siempre en casa de TOMAS.
Voy, me corto el pelo, pago,
y lo agradezco además...
Alcalá, 40.

MARINA



No enseñes en la playa
la pantorrilla,
ni te pasees mucho
junto a la orilla,
que eso no pasa
no llevando perfumes
de esta tu casa (1).

(1) Perfumería Americana, Expos y Mi-
ma, 25.



—Deme usted un billete de
vagón-cama para Irún.
—Ahí va.
—Diga usted, ¿las camas son
de la fábrica de la Plaza de la
Cebada núm. 1?
—No, señor.
Entonces... deme usted un bi-
llete de tercera.



—Pues yo, entre un coche de
punto y una camiseta de punto,
prefero la camiseta si es de Tir-
so Rodriguez, Atocha, 75 y 77.



—Mire usted, son tan abun-
dantes las raciones que dan en
el restaurant Las Tullerías, Ma-
tute, 6, por un abono de cien pe-
setas mensuales, que comemos
toda la familia y está engordan-
do el agudador además.



—Tu llanto me altera.
¿Qué tienes Victoria?
—Quiero una pulsera
de casa de SORIA.
Magdalena, 18.

LA BOTA DE ORO



—Jehova me encarga que os
diga que no compréis el calca-
do en otra parte.
Magdalena, 17.

JEROGLÍFICO



La solución en el número
próximo, y en casa de GRAS.
Alcalá, 40.



—Cometí la imprudencia de
comprar la camisa de boda en
casa de Martínez, San Sebas-
tían, 2... y resultó que mi mu-
jer no me hacía caso por que se
quedó embobada mirando la
camisa.

PERLA RÚSTICA DEL RETIRO



RESTAURANT.—Frente a la estatua de Espartero.
Gran Parque para comer al aire libre. Salón
para banquetes y bodas. Gabinetes independien-
tes para familias. Almuerzos desde 4 pesetas
y comidas desde 5 pesetas en adelante. Se re-
ciben encargos para dentro y fuera del Estable-
cimiento.

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50;
año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el
extranjero por menos de un año.

Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil
cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero izquierda

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ A CUATRO

LA COMPAÑÍA COLONIAL

HA OBTENIDO

EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS

Medalla de oro, por sus Chocolates.

Medalla de oro, por sus Cafés.

Medalla de oro, por su Tapioca.

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20

SUCURSAL

MONTERA, 8, MADRID